

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

30

José María Astudillo Ortega

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

CUENCA—ECUADOR

1961

1961 (ms)

JOSE MARIA ASTUDILLO ORTEGA

La clase comenzaba a inquietarse... El hilillo sutil de la travesura, naciente del más simple acontecer, una risa sofocada, un ruido, una tos, se tendía por entre los pupitres... Comenzaban los cuchicheos, los movimientos, las mal disimuladas alegrías en las pupilas rientes... Los murmullos eran tales que pronto reinaba agitación y las explicaciones se perdían y esfumaban hacia la tarde de sol cuencano que ampliamente entraba por la ventana*...

El maestro comprendía el momento, lo comprendía desde su espíritu maravillosamente diáfano y claro... Con su sonrisa de siempre, con su mismo gesto cordial y lleno de simpatía, descendía del estrado y tomaba la puerta... Los discípulos le seguían dócilmente, pues bien sabían a dónde iban sus pasos*...

Pronto era el abrir del viejo piano del Colegio y el decir del Maestro el mensaje supremo de la Música... Los Preludios, los Nocturnos, las Mazurcas de Chopin iban naciendo de sus manos con íntima pasión, quizá dolidos también del dolor de su vida dejada en los caminos de las ilusiones y las desesperan-

zas... Mas, como comprendiera que el ambiente iba tornándose irremediabilmente triste, volteaba la página temblante del recuerdo: sus manos y su alma interpretaban, con sentimiento único y que jamás se ha de repetir, nuestros Villancicos, nuestros Tonos del Niño, esas ingenuas creaciones por las que Cuenca ofrece al Niño Dios el más caliente, suave y bello musgo en pura armonía... Entonces Diciembre entraba a pie desnudo y saltarin por el aula, trayendo en sus manos las humedades ágiles de la montaña y una alta estrella del purísimo cielo morlaco...

Eramos entonces los muchachos soñadores... Y era entonces el Maestro José María Astudillo Ortega...

Ahora, este paisaje de hondo recuerdo se diluye hacia los pasados, y sobre él se traza el viaje definitivo de quien era amado porque supo amar, de quien tenía el alma como el cristal fragante que las mañanas agitan en nuestro aire dulcemente...

José María Astudillo Ortega, el que se fue con su sol de Colegio en las pupilas buenas, sigue siendo presencia clara... Porque es cuencano, porque su corazón es cuencano, porque su alma de cuencanía dada le fue con mayor prodigalidad y generosidad que a los demás cuencanos... Ahora, desde su cielo, debe seguir vigilando el signo de la Cruz del Sur...

Su poesía es cuencana, puramente cuencana, transparentemente cuencana, perfectamente cuencana... Paisajes y sentimientos de esta tierra se guardan en ella, luces y sombras de esta tierra se arropan en su verso de tierna fragancia... Su palabra

ha construido cofres de aroma para el vuelo de las golondrinas que visitan nuestro cielo... Su decir es el mismo decir de nuestros rios que discurren soñando y diciendo versos...

José Maria Astudillo Ortega recogió apasionadamente las flores de nuestras orillas puras... El menu-do canario de la retama, la nube detenida del lirio, el ángel transformado por el Hada en magnolia, la esperanza triunfante de la hierbabuena, los leves ejércitos de juguete en aroma de los gladiolos... Y las puso en verso, y las llevó al verso, y les dió el nido de mayor fragancia de su verso...

Poesia ésta intimamente cuencana, nitidamente cuencana, bellamente cuencana...

Desde mi orilla aún transida en el tránsito apasionado tiendo la vista hacia los infinitos... Y la gracia suprema de otra Cuenca reflejada de la nuestra en el cielo más puro propicia la vida absoluta de José Maria Astudillo Ortega: allí está, delicado, suave, dulce, Maestro que se quedó en el lago del alma para que sea en él la luz sencilla que jamás se apaga...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

A CUENCA

Patria mia, tu quena, no tu lira,
da a tu cantor, que en yaravies sueña;
*quero tu voz que llora entre la breña,
*cuando en el Ande azul, el sol expira.

Tu quena pastoril, trenando, inspira
*su égloga al río, amante de la peña:
*en cada aurora un nuevo amor diseña
y en cada tarde un viejo amor suspira.

En ti no se oye al ruiseñor que llora
caballescros, clásicos amores:
tuyo el jilguero que en la rubia aurora

entona su cantar, al ver las flores,
él me dice en su trino, ebrio de pena,
*que al Azuay se le canta con la quena.

CITA DE CONDORES

En la trágica muerte de los aviadores
Capitán Carlos M. Cabezas y Subte,
Gonzalo Gello.

Donde canta el silencio de las inmensidades
de picacho a picacho sus Baladas Andinas...
En la pampa infinita, donde las soledades
la saludan con blanco pabellón de neblinas.

Allí do sólo habitan los Principes del risco
y cisternas ocultas, entre umbrías hurañas,
a las que tras la bruma besa el diurno disco
en Idilio aborígen de tórridas montañas.

Fue la cita del Cóndor, epiloga y macabra
a los héroes rivales —Aviadores Andinos—
y negra fue allá el ave, cumpliendo su palabra
a la gran epopeya de los torvos destinos...

Páramo de "SOLDADOS" junto al risco inclemente
fue tumba de Pilotos, bajo la comba abierta...
Incendió hachones fúnebres el livido poniente,
cayó el blanco sudario de la Luna doliente
y un solo "De profundis" fue la pampa desiertal

CANTO AL MAIZ

Concebida en los surcos del suelo milenario
y lactada de lluvias en la ubérrima falda,
se yergue la Gramínea, que fue desde el Incario,[†]
Tutelar y Divina, ¡la Espiga de esmeralda!

El Padre sol bendice la fuerte entraña de hembra
donde gestó, como antes, el gránulo nutricio,
un día, el consagrado al rito de la Siembra,
vernacular de Fiesta, de Raymi y de solsticio...

Chacra de los abuelos ¡Oh, tierra americana!
Tierra... la madre tierra del Cóndor y del yuyo...
¡Cantemos tu cultivo con la Canción indiana,
con el Himno a la Chacra del Gran Tahuantinsuyo!^{††}

Chacra que fue de América del sol, del Rey, de todos
en las trojes sagradas, donde no faltó nunca.
Hereditad la hizo el tiempo, cautiva de los "godos",
y a ella, entonces, el indio juntó su historia trunca.

El Maiz, como emblema de la Raza, perdura,
y vegeta en la loma, la peña o el barranco:
en la mano del indio es la próspera hartura,
y es la hacienda y la cuadra, en la alforja del blanco.

Cantan su florescencia las aves del Imperio,
desde el fondo del valle, desde la cumbre eximia:
la chacra es para todos; ¡es Pan del Hemisferio!
do la orquesta del aire preludia su vendimia...

Cada día más brotes macollando las yemas,
creciendo la gramínea tras el silencio agrario,
y allí, églogas e idilios... los nidos, los poemas...
los fastos que la Caña signa en su Calendario.

Con la fresca verdura que succiona del llano
la garúa abrileña los cañales barniza:
olor a savia y lluvia trae el cordillerano
viento que hincha los senos de la bruma modriza.

De la copa más alta vocea el pico macho
del chirote que luce sus sinfonías rojas,
porque hasta a las gramíneas condecora el penacho
y de gala les cubre la seda de sus hojas...

"De la espigada tribu, Rey"... le ungió su prestancia
al tallo, en cuyos hombros le han nacido banderas,
una corona de oro, y un cetro de abundancia:
la perlada mazorca de las nativas eras...

Esa, el "maná", el fiambre, esa, el don y el sustento:
la Simiente evangélica del Ande, la mostaza
que da el ciento por uno, de cada cual el ciento...
que há siglos multiplica el germen de la Raza.

"Abril, aguas mil", "mayo, hasta podrir el sayo"
al redor de la lumbre, los labriegos bostezan.
Y la verdura llega a esmeraldear en mayo,
y las campiñas cantan, y los jardines rezan!

Con el contrabandista chirote de la banda
picotean las aves las ocultas primicias,
que ña de moler la piedra por dar el choclotanda
al amor de la choza, balsámica de albricias!

Hasta que, en vacaciones, las cosechas criollas
invitan a su bíblico juego de los deshojes.
Están blancas las casas, y están negras las ollas
donde aboca el canasto de las colmadas trojes.

Cantemos a la Espiga simbólica del Ande,
Cantemos a la Chacra del Gran Tahuantinsuyo,
cuya fresca esmeralma, tal un manto se expande,
como si el orbe nuevo fuere el imperio suyo.

Maiz bendito seas, maná proteico y fuerte:
tu jugo vitaminico fue heraldo de la Fiesta,
Y se riega en nirvanas y va tras de la Muerte
enterrado en la tola junto al hombre de Gesta!

Bendita la mazorca germinal de la falda
que es la Gloria de Ceres, en la América grande,
¡Salve, dulce gramínea de jugosa esmeralda,
que lactó primogénita estas savias del Ande .

Cantemos a la espiga, que tachonó el cocuyo
en las noches indianas, con luces del Imperio:
Cantemos a la Chacra del Gran Tahuantinsuyo,
Chacra del Sol, de todos: ¡El pan del hemisferio!

ORACION GRATULATORIA

En el Bimilenio de Publio Virgilio

Los dioses tutelares del épico Helesponto—
los del ático Mito y aligeras IDEAS—
a las naos de Troya despidieron al Ponto
a que en pos de la Gloria sigan sus Odiseas.

En las costas de Lacio ya estuvo el numen pronto:
cantando ante los siglos sus rapsodias hibleas,
y desde entonces rugé su eterno himno de impromptu;
latino el MARE NOSTRUM: latino el mar de Eneas.

Y más allá la nao, cual flor de bimilenio
germina en el Atlante... Colón... Vasco de Gama:
todos los avatares de Eneas: todo el Genio

de Amor y de Esperanza— cien siglos en exilio;
siglos que trompetea genuflexa la Fama:
¡Dios te salve, Poeta: Dios te salve Virgilio!

Desde el alma del agro, Sileno, Egle y Batilio,
 la cigarra del bosque y el geórgico toro;
 la colmena meliflua: la pastora en coro
 dicen: Bendita sea la Lira de Virgilio.

El paisaje de Mantua presta ingrávido auxilio,
 el Mincio sus umbrías, la Arcadia su decoro:
 la INSPIRACION, por eso, dormida un Siglo de Oro,
 despiértase a la sombra de un verso de Virgilio...

Los seres y las cosas alternan sus palabras:
 el zureo, la eolia: el arrullo y el viento;
 las zamponas pascuales y las andinas cabras...

riman, el cielo, el agua y el sol su viejo idilio
 y todo se dijera que ha unido su concento
 por bendecir las Eglogas divinas de Virgilio!

EN LA MUERTE DE ABRAHAM SARMIENTO RUILOVA

Abismado y silente, alba la biusa...
el crayón... el pincel... las lejanías:
allá en tu cuarto de alquiler te hundias,
ensimismado ante ilusoria Musa.

Después... mientras del vulgo sonreías,
con aquel amargor que el mundo no usa,
vinote a sorprender, cual presentías,
el modelo final: la Blanca Intrusa!

Hubiste de seguir la cruenta pista
del mártir, del bohemio, del genial,
y se trocó tu nombre, ¡el de un artista!,

en numerado lecho de hospital:
allí, por siempre el sol murió a tu vista
alumbrando un paisaje vespéral...

NAVIDAD ANDINA

Es Noche-buena: hay música . . . Luz, emoción lejana,
el cielo a media noche será la gran Cigüeña
trayendo Navidades, al son de la campana,
y bazares de Pascua, a la infancia que sueña.

Bajo el andino poncho y el chapeo de lana,
va el gañán con su atado de resinosa leña,
clarineando airecillos en la zampoña indiana
hasta que se detiene al pico de una peña.

La soledad se inunda de intensa catarata
que el pifano deslie de la más alta cumbre,
suspensos de la Estrella, triángulos de lumbré

a los Tres Reyes Magos galvanizan de plata . . .
¡Y aquí, montes y chozas; la raza y cuanto gime
hacen del ANDE un solo NACIMIENTO sublime!

ANACREONTICA

¡Oh emoción tan inmensa, santa, infinita y pura
de cruzar el recodo de este paisaje mío,
sintiendo infantilmente el azul de la altura,
el pleno sol del cielo y la paz del buen río.

Acídulo y errante, un perfume se pierde...
Un tronco ha envejecido en forma de hipocampo.
El camino consuela y en la campiña verde
sonríe la blancura de las casas del campo.

Qué bien sabe el ambiente: lo ha paladeado el alma:
es el jugo del tallo, es la savia hialina...
es el agua, es la sombra, es el nido, es la calma
que al mal de hiperestesia da la Mano divina...

Yo pienso en la tristeza de los crueles exilios
al mirar las montañas, y un gozo espiritual
saboreo aspirando recuerdos e idilios
de mi senda cristiana, florida y patriarcal.

Cuántos bienes haría esta brisa salubre
a los convalecientes y a los tristes... Si encierra
tibieces y fragancias maternas de ubre
trashumante de Vida, de Salud y de tierra.

EL ÚLTIMO JUGUETE

En el aniversario de la muerte de mi
hijita Inés Eulalia.

¿Qué me pediste, que no pude darte,
dulce nenita, que hospedaste un día
sobre la cuna que hubo de llorarte,
convirtiendo su arrullo en Elegía?

Me rehusaste todo: acaso fuiste
una espía del cielo —cuán secreta—
bajaste a ver cómo la lucha es triste,
a conocer la casa del poeta...

Curiosa enviada, te posaste sobre
el alma del hogar, —como una espía—
para atisbar el pan del nido pobre
y el dolor de la ignota poesía...

Efímera: qué presto te volviste
a referirle a Dios cómo se pasa,
cómo la lucha del poeta es triste,
cómo el pan y el dolor van a su casa!

Cumplida tu misión, una hora grave
se cerraron tus ojos. Nos pediste
el juguete final, la blanca nave,
en que a contarlo todo a Dios te fuiste.

Qué haré con este pecho que tanto ama
y que tanto aborrece lo que ignora:
no tiene a quién pedir, y todo implora;
no tiene a quién llamar e inquieto llama.

Si posee su bien, su bien reclama;
rie en las penas y en las fiestas llora;
no fue feliz, ignota dicha añora;
y al retar al destino, humilde clama.

Y pasan, pasan inmutables horas,
y vuelven, vuelven inmutables cielos;
mis noches de alegrías son señuelos,

presagios de dolores mis auroras,
las nevadas auroras de esta vida,
tanto más triste cuanto más querida.

CON LA GUITARRA

Cuántas veces floreado la guitarra
quise pasarme, entero el santo día;
y otras tantas sentí bajo la garra
de la pena, morir la trova mía.

Y dejé la guitarra: eran muy hondas
para cantar, muy largas mis querellas.
Guitarra, compañera de mis rondas,
¡qué de veces te han visto las estrellas!

Yo no puedo trovar. Sé que encerrado
en el misterio de tu leve caja
está mi corazón enamorado,
como polvo sin vida en su mortaja.

Al tañerla, mi verso se desgarrar
o entre una red de lágrimas se apresa;
y mudo voy punteando la guitarra
que haga el pregón sin voz de mi tristeza.

Duermen allí mis amarguras hondas,
como el alma del monte en las laderas,
como el astro en los rizos de las ondas
y el ritmo de la vida en las praderas.

Fundido todo el sol de primavera
que baja en chorro de oro por las lomas,
la voz de la romántica soltera
que consagra su amor a las palomas;

Los coloquios de azahares y de pomas,
de la noche los vagos sortilegios,
del amor infinito los idiomas
guardas, guitarra amiga, en tus arpegios.

Mi canto, el mejor canto se ha dormido
en el misterio de tu leve caja:
al remover las cuerdas he sentido
un olor a cenizas y a mortaja ...

II

No sé si me amarás: nada te digo,
nada me dices!
no sé si me amarás! . . .
Con mi temor a tu mirada obligo
posarse ruborosa en los tapices,
y en el distante azul que está detrás
de la ventana donde tantas veces
sufri lo negro de tus ojos,
lo incierto de tus dulces esquivaces,
y huyendo tus enojos,
hablamos de otro amor, y extrañas penas;
apenas, sí, apenas
un suspiro esfumaba mis anhelos,
y tu mirabas los brumosos cielos,
tu alfeizar, y del cuarto los tapices . . .

No sé si me amarás,
nada te digo,
no lo diré jamás,
nada me dices:
¡no sé si me amarás! . . .

III

Ahora que ve la luna
cómo juego a otra pena:
me hallo sin novia ninguna,
porque adoro a una ajena.

Rubia, desenvuelta y franca,
puedo decir con Rubén,
que es como el lirio de blanca,
y como el cirio, también.

Su historia? No sé... Deliro
con una heredad lejana,
de primavera! retiro,
en una eterna mañana.

Es de alabastro, como una
magnolia en boton.

Es buena
como el palor de la luna,
santa, como una azucena.

Su voz— jilguero en el prado—
triste y blanca,— son de espuma:
tómala el viento alocado,
y la hace lunaria bruma.

Tu pupila es un mar: inmensa y honda.
Como la luna, como el sol, redonda.
Como el cielo, infinita. Dios... Luzbel.
Es el imán astral que la Gioconda
dejó de Leonardo en el pincel.

V

Espero una dichosa primavera,
en una heredad blanca, en una villa,
de un río monorrítmico a la orilla,
donde haya aves, y césped, y pradera.

Que haya sauces!: que sea en dondequiera!,
donde haya un cura santo, una capilla,
para mirar su enhiesta torrecilla
como una bendición sobre la era.

El viento volteriano, entre las ramas,
sonría de los musgos que se han muerto,
y nos traiga perfume de retamas

del risco azul, del páramo desierto;
y en medio allí, de campestre concierto,
por la primera vez, digas que me amas.

VIII

Templo dorado y triste

Señor, qué vacío el templo,
cuando el sol que va a morir
se lanza por las ventanas,
de un pilar tras el perfil,
sobre jaspeada arquería
o el ala de un querubín,
a besar tu áurea Custodia,
despidiéndose de Ti.

Qué vacío! . . . En los floreros
se agachan ya sobre sí,
despidiendo muerto aroma,
la azucena y el jazmín.
Y en todas partes silencio . . .

¿Qué falta? ¿No están allí
las vírgenes que te adoran,
de plata cirial gentil,
las lámparas, el incienso,
el amor del querubín?

IX

En la casa vacía,

Sobre la soledad de los balcones
el silencio desteje un madrigal;
mientras tiende la araña sus crespones
desde el techo, enlutando el ventanal.

Se ha secado en las férreas barandillas
la enredadera... ¡huérfana y desnuda!
y aletean sus hojas amarillas,
dando al ambiente una elegía muda!

Sobre la soledad de los vitrales
se están hilando ya las telarañas:
¿cómo estarán de fríos los cristales
sin el dulce calor de sus pestañas!

En la heredad florida

Ya diéronla tal vez su bienvenida
el río que se abraza a las montañas,
los eucaliptos que hacen avenida,
las brisas, y las tórtolas hurañas.

Cómo estarán abriéndose las rosas,
do el sol allí recreará su lumbre;
cuan bellas estarán todas las cosas:
huerto, casa, heredad, aroma, cumbre.

Y en el silencio de azuladas cimas
do fulguran al campo sus pestañas:
¡cómo las aves hilarán sus rimas...
cómo se abrasarán esas montañas!

X

Escondida detrás del arbolado,
y como un habitado palomar,
está la casa con que yo he soñado,
blanca y antigua, en medio del palmar,

Lánzate, corazón entumecido,
hazte nube, hazte aroma, hazte torcaz...
llégate a la casita como nido;
no regreses de allí, jamás, jamás!

Ronda el río selvático que pasa
llevando hojas y troncos a enterrar;
y por la noche duerme de la casa
al calor columbino de su alar.

No abandones el valle recogido,
confúndete en su seno montaraz;
y de aquella casita como un nido,
errante corazón, sé la torcaz.

SI VOLVIERA!...

Vuelva a tu mente la vez primera,
cuando de dichas en primavera
te vi, te amé.

Te contemplaba de rubor lleno:
¡si fui tan niño, si fui tan bueno!
ay! esa vez.

Cuando me hablabas, viéndome apenas;
—asi se inclinan las azucenas
de nivea sien—
alli bullían sobre enramadas
las brisas y aves enamoradas:
¡era otro edén!

Luego en silencio se derretía
la frase eterna: voces no había
para ese amor.
Sólo tus ojos de alba paloma
decían "te amo", con el idioma
que diera Dios.

Me deleitaba de tus candores:
trocóse en nido de ruiseñores
mi corazón.

Cantos, ensueños y tus caricias,
niña, yo guardo como primicias
de tu pasión.

Tú, desde entonces, luz de estas cimas,
nota que ciegas lanzan las rimas
de mi laúd.

Tú, de estos campos en la indolencia
trino y murmullo, cromo y esencia:
¡bendita tú!

Y así, si es arpa la sierra, flota
tu imagen, como perdida nota
bajo el azul.

Si son los Andes como estabones
de una cadena de corazones,
su alma eres tú.

XII

Vuelvo a mirar el sol, del mismo sitio,
donde en el manso y vagabundo arroyo
fingen sus rayos todas las mañanas
mil temblorosos lavaderos de oro.

Vuelvo a escuchar la música del río,
que va de lo fatal como un apóstol,
que va como profeta del olvido,
y ríe, y llora y gruñe como loco,
abrazado a las piedras, que hieráticas
e inmóviles se están en los recodos.

Su pienso de verdura, la ribera
ofrece a la molicie de los toros:
allí la yerbabuena campesina
con su rústico olor perfuma todo.

Vuelvo otra vez y llego con mi libro,
en que sigo estudiando poco a poco,
dando cada año un paso; con mi libro,
de años fugaces la ilusión recojo,
y al buscar las caricias de mi llanto
hallo de tanto sol, secos mis ojos!...

Sepultada a lo largo del camino
contempla mi alma su ilusión primera...
... el río rezongando, que se pierde,
y el sauce— corazón de la alameda.

Camínicos, cancelas, valladares,
donde atisbaba la salida de ella,
ciego a la galanura que efundía
a bocanadas, pródiga, la tierra.

Cómo se huele a sol en las llanadas
las mismas son: con su eterno verano.
¿Serán las mismas aves las que cruzan?
¿Serán las mismas hojas las de mi árbol?

Alza el viento y se va... Fragancias viejas
soplan ledas la abulia de mi frente,
y el mórbido chirriar de las cigarras
cunde en el tremedal su sonsonete.

Parece que las aves no se cuidan
de mi regreso a ellas; desposadas
acaso estén las que aprendieron tiernas
de nuestro amor, a amar y ser amadas.

Hoy recorro estos huertos que no olvido
y dudo: ¿si serán los de otros años?
sus piedras, sus umbrosos limoneros,
do en mi Vía de Amor, grabé los pasos.

La bulla que otros días no escuchara
hoy invade el silencio de mis penas...
No hay piedra alguna donde no haya un rastro,
ni sombra agreste que no ampare huellas.

XIV

Aquí el césped en donde me tendia,
detrás la cerca enmarañada, en donde
el abrazo primero la pedía,
y que mi ruego y su rubor esconde;

do el volar del insecto nos turbaba;
creíamos mirarnos sorprendidos,
y no era sino el viento que jugaba
hojas barriendo y destronando nidos.

Ay! raquitico el árbol que dejaba
rodar cortezas de su tronco seco:
a su ruido ella pálida temblaba,
de sus latidos atajando el eco!

Ha hollado nadie la saudosa senda;
de ese tiempo no queda ni el guijarro;
la grama ha puesto con piedad su venda,
y ha echado sus retoños el chaparro.

Bueno el rosal, que su rubor oculta
en el yerbal que en germinar no tarda,
con sus flores que aquí cria y sepulta,
de nuestros besos el sigilo guarda.

Ya nuevos pimpollos
del seco ramaje,
enguinaldan lo alto
del muro y la calle.

Y haciendo en mi alma
de constancia alarde,
la ilusión primera
con sus muertos haces,
de allí no se aparta,
ni el viento la barre!

¡Parece viviente,
sumiso cadáver
que aún da hojas: mis lágrimas,
y flores: mis ayes!

De abajo

La ve, la ve de nuevo: los zarcillos
lucen en el negror de la silueta,
él estruja, inconsciente, en los bolsillos,
de sus versos la flor, una tarjeta.

Quiere ir, ¿y para qué?, si la misiva
en su mano rompió el escalofrío;
y él se contrista al verla pensativa,
escuchando el monólogo del río.

Arriba

Entómase el vitral, rechina el quicio,
queda la estela parda de una sombra.

Abajo

Se acerca, se retira, ¡qué suplicio!,
ya cuando todo se cerró, la nombra.

XVII

Nec ros, Nec pluvia...
—Lib. II Reyes— Cap. I V. 21—

Piano, no me hables de ella;
calla, por piedad piano;
que ya no vibre en tus voces,
que no la evoque tu canto.

No me digas más su nombre;
ocúltalo en camposantos:
yo muera con mal de olvido,
como un idiota, olvidando...

Nueva voz hayan las cuerdas,
y nuevo timbre el piano,
¿no se oye sobre las ruinas
gorjear mejor a los pájaros?

Que se ahoguen estas ruinas
en tempestades de llanto...
Y quede sobre el diluvio
bajo el arco-iris flotando,
la Arca de mi lira, donde
mi madre se ha refugiado.

las de capillitas blancas
junto al verdeante panteón;
esa, la que vi de niño,
sobre un monte tornasol,
como casita encantada,
como juguete que Dios
dejara en la pastoria
para que se seque al sol.

Quizá nunca más las viera;
rudas y sin corazón;
en mis dichas y en mis ansias,
las mismas, ayer y hoy.

Quisiera enlutar sus cromos
de mi alma con un jirón,
y prestarles la neblina
que me venda ojos y voz...
Acabara así, de un soplo,
toda la gran creación,
si toda ella es un sarcasmo
que sonríe a mi dolor.

Ay, ¿por qué gemimos tanto
cuando se va la ilusión?,
si todo pasa; si hasta ella
cumplida deja rubor...
si todo muere, es locura
vivir llorando un amor

IN MONUMENTUM

Para mi madre muerta

Con los bancos de mi escuela,
con las celliscas del Ande,
que son acaso de estrellas
abandonados cadáveres;
con las mañanas alegres
que decoran los paisajes
de cenicientas techumbres,
do se columpian al aire
parásitas y matujas
de pañanos amancayes;

con la capillita blanca
que señorea mis valles,
y a donde los indios llegan
cargados, de las ciudades,
de crespones y guirnaldas
para sus rancios altares,
donde rinden las corolas
los geranios de sus lares;

con el dulce "Amor que pasa"
detrás de los ventanales,

AL REDEDOR DE CUENCA

En abrazo angustioso, las montañas
en derredor de Cuenca se han reunido,
como si fueran viejas ermitañas,
de sayal por el tiempo desteñido.

El secular harapo de verdura
se escarmena, cubriéndolas a trechos,
y ellas reclaman vestes a la altura
para cubrir sus despojados pechos.

Hacia la cordillera, la neblina,
desde el confin del cielo, se deshoja
y va de una colina a otra colina,
hasta perderse en la bravia paja.

Allí, relincha el potro, entre rocines,
con su inquieto piafar espacios puebla;
enarca la cerviz, crispera las crines,
y encima cae, cual telón, la niebla.

Cuchichean las tórtolas silvanas,
dando vida al misterio del barranco;
se avergüenzan al ver las caravanas
y rasgan de la nube el lienzo blanco.

Mas la incásica tribu en paz reposa
dentro el sudario de aborigen grama;
bajo cada peñón hay una fosa
y sobre cada fosa, la retama.

Pero, guarda en su seno otra excelencia
esa ubérrima núbil— la montaña—:
para Atahualpa ella pidió indulgencia,
vertiendo llanto de oro ante la España.

Surge la caña de apolinea tierra,
y cubre el techo de mansión umbria;
con ella el indio su cabaña cierra,
y hace el rabel de agreste sinfonía.

Al rededor de Cuenca el labio calla
y un impulso de amor el alma quema:
ante la inmensidad, la lira estalla
y en humo de oración muere el poema.

Presides la epopeya
de las espumas,
y acompasas el rezo
de la agua bruna;
el agua bruna
que habla el tácito idioma
de la amargura.

Ahora eres testigo
de mis recreos,
mañana serás llave
de mis recuerdos,
de esos recuerdos
que diseña en la mente
nuestro colegio.

Eres amorfa imagen
de mi destino:
al borde de la ausencia
llorando vivo:
huérfano vivo
como tú, dando adioses,
¡tétrico aliso!

EL AGUA NEGRA

Sentada a la orilla del río voluble,
la indiana pareja constancia juró:
las olas tan blancas, aplauden y pasan;
volubles los ríos constancia predicán,
y siempre testigos del olvido son.

El indio arrogante, la mira y prorrumpe:
—Si en tu ausencia muero, mi fiel Yanuncay,
llorando perenne correrá este río
mi muerte hará suya, que si es blanco ahora,
color del olvido sus olas serán.

Gimieron los buhos, el sol vacilante
movía su disco, cual viejo bufón;
el río seguía llevando las nubes,
rompiendo su encaje por entre las sirtes,
cantando y riendo de historias de amor.

Paseaban las sombras, callaron las aves,
y nadie atisbaba su lúgubre adiós;
crujieron las piedras bajo sus pisadas,
chocaron las briznas... Rompía el silencio
el llanto de virgen, salvaje dolor.

EJIDOS

EL DE QUITO

Los vehiculos ruedan cual diminutas
figurillas sobre áurea pampa otoñal:
el viento alza de polvo densas volutas...
¡Mas no se oye la risa del manantial!

En el paraje debe turbar la calma
un rio que, cual vida, vaya al azar...
A la región sin rio le falta el alma,
alma, como la mía, que busca el mar.

El plano amarillento yace marchito,
del épico Pichincha dormido al pie;
y el Cayambe se pierde del infinito
entre los sietes velos, cual Salomé.

Pródigo el aire invade con vida nueva
y vienen veleidades de ser mejor;
dormir, y al despertarnos hallar a Eva
que reviva el ingenuo, primer amor.

Los chalets caprichosos, a la moderna,
en belleza compiten acá y allá
"—Si fueran míos"— dice, con frase tierna
un mozo provinciano, que amando está...

EL DE CUENCA

"Y tengo una ermita que se ve el río,
y también a donde duermo, que estando
en la cama puedo gozar de él que es
harta recreación para mí".

Teresa de Jesús.— Carta 23

Tiéndese entre dos ríos viejos y sanos,
que cual bardos rivales cantando van,
esmalta de rosales dos verdes llanos
y en sus bosques la flauta se oye de Pan.

El carrizal solloza su soltería
estéril, bordeando cada heredad;
y rie la devota "santamaria",
indiezuela que nunca fue a la ciudad.

Las Illiáceas silvestres, de anemia blanca
se mecen cuando canta— de do a do—
el viento infatigable, que en notas francas
en sollozos murmura su sí, su nó.

Sobre los lamedales de los ribazos
los insectos no cesan de su vaivén;
la madreSelva tiende sus muelles brazos
hacia el tronco sin vida, que es su sostén.

ANTIFONA

Adórote, ¡oh amor!, en la bravia
quietud solemne de las niveas rocas...
donde la Hermana Bruma con sus tocas
cubre el amor del ave y de la umbria!

Donde nadie ha llegado todavía,
hacia el polar silencio de las focas,
también devanarán quimeras locas,
la Tierra con el Mar... La Noche!, el Día!

Beatitud de los confines muertos,
virginidad de una Isla de Basaltos,
inmaculada Luz de los Desiertos.

Pudor sin fin de los silencios altos,
allí te busco, Amor... Allí te encuentro,
así te llevo, amor... adentro!, adentro!

DOMINICA

El dios de Huaynacápac su forma multiplica
en la hostia tembladora de cándido rocío;
hay comunión de lumbre: se armaña el viejo río,
y el ábrego en las selvas a festival repica.

La cumbre, de oro y nácar bañada, pontífica;
pulsando el arpa llegan gorriones del bohío;
los troncos se revisten con el sayal de estío
que, en su misantropía, la araña les fabrica.

En cada espuma blanca, y en cada flor, tremola
el dios de Huaynacápac —el sol— dios que se inmola
dando color y vida y abriendo las sonrisas...

Voltea en la parroquia, el esquilón. El cura
explica el evangelio de paz y amor: ¡Oh misas!
las de la pobre aldea, del río y la espesura.

MEDIO DIA

Se mece, como cuna, la cálida floresta,
A la mezquina sombra de aleros desvaídos,
duermen del mediodía por el sopor vencidos,
los fuertes aldeanos: es hora de la siesta.

Al pasar el ventalle por la pajiza testa
del caserío, arranca sus haces y sus nidos
y lleva esos cadáveres, rompiendo en alaridos,
desde el chozil moreno, a la empinada cresta.

Duerme el pastor, y el perro que humilde le acompaña
vigila soñoliento al amo y la cabaña.
La luz cenital tiembla por páramos y villas.

Cual corazón pujante, latiendo están las quebras
al sol, y desperézanse, tostadas y amarillas,
las hojas, con sigilo de mórbidas culebras.

24. ATARDECER

Del templo de la aldea se ve en el frontispicio
volando una cortina que descolgó el azar:
las ranas tarderiegas salmodian su canticio
porque ha llovido poco y el sol váse a ocultar.

Solo del pueblerino jolgorio como indicio
vuelan mixturas y hojas que están sin sepultar.
La soledad enbrújanos con su almo maleficio,
y el campanario espera que vengán a anidar.

Del hijo de Atahualpa la agreste chirimia
ulula y familiares acogen en la umbria
sus quejas los arbustos y el retamal en flor;

en su sonambulismo trae el cierzo un olor
de lluvia en surco: un bombo se hunde en la lejanía
dando de los festejos el último rumor.

LAS NUEVE TOCAN LAS CAMPANAS

Las nueve dan los campanilos:
y la liturgia de las monjas
llama a salmodiar en el coro...
La hermana campanera toca,
y suspira viendo, a la noche,
el contorno gris de las lomas.

Los niños juegan a la luna,
y en el barrio, bajo la sombra
de la madre selva, hay cita;
en tanto que las campanas glosan
su miserere melancólico.

Se van a cerrar las casonas,
mientras sale Don Juan Tenorio
y va al claustro, a hacer la ronda.
Andares fuertes, toses recias,
y en el zaguán la blanca novia...
que a hurtadillas atalaya.

Algunas Julietas asoman
para atar pronto las escalas,
y a lo lejos un truhán toma
las de Villadiego, y se pierde
silbando la canción de moda.

Las mamás cierran, regañando,
los ventanales de la alcoba;
tañen con tedio los relojes
y silbidos cunden ahora
de los vagabundos rapaces
que no cuentan ni años, ni horas.

Pierrot en las esquinas canta;
un can aúlla, un buho llora,
y cubren el dormido lago,
abrigo dándole amorosas,
las harapientas del otoño,
desprendidas, las secas hojas.

Las nueve dan en las campanas:
la hermana campanera toca!

AVES BUENAS

Por mi orfandad,

Cayó el día y en el orto
tembló, como azahar, la luna,
presidiendo emocionante
de sol y sombras las nupcias.

Entré, paso, al cementerio
por gozar de mi locura,
la locura de lo triste
de conversar con las tumbas.

De entre el ramaje de sauces
arrancaron a la altura
aves tristes, tal vez huérfanas,
que adoran las sepulturas.

¿A dō volarían ellas
en ese rayo de luna,
que como lágrima intensa
se desplomaba en las tumbas?

Y ascendiendo las veía
del plenilunio en la ruta,
para avisar a las almas,
tras los cendales de bruma,
que he llamado, de rodillas,
a mi madre, con locura...

DOLOR DEL NUMEN

Genios!, los que arrancáis del cielo mismo
las líras de Belén —dulces rabeles—
que arrullaron la cuna,
del que por Cuna el universo tiene,
y revivís el sistro del Salterio,
los Cantares de amor, el Miserere,
Mozart, Beethoven, Schubert... ,
inmortales seréis; que nunca muere
la que vino con Cristo,
modulando el Excelsis del Pesebre.

Oh mártires sin gloria, Incomprendidos,
que aprisionáis, desfalleciente, el alma;
en la cárcel de signos y de curvas:
¡apresáis el dolor... en cinco rayas!

Rapsodas y bohemios, junto al muro
os sorprendió la alondra, a la mañana,
cantando en la mundana Babilonia,
del duro exilio, descolgando el arpa...

El Arte, en romería por el siglo,
recibe del sarcasmo mueca helada...
Mejor es el silencio de la noche
que del día la cómica algarada;
mejor es el laurel que nadie toca,
la montañera flor que nadie alcanza,
y mejor que el aplauso de las risas
es el mudo rubor de propias lágrimas.

Cuando el artista lucha,
devórale un infierno:
el sacro infierno que en su pecho quema
las glorias, como a réprobos;
y las glorias del vulgo bien merecen
expirar, consumidas por infiernos!

¡Qué ocultas cultas guardarán las canas
que orlan aquellas frentes abatidas!
Son blancos cisnes que sus sueños velan;
de una hoguera sin fin son las cenizas:
flores descoloridas por el tedio:
¡Qué hermosas son las canas del artista!

EL PASILLO

Ois? es la alborada; despierta el jilguerillo,
la sombra va rodando camino de la peña,
perfuma el floripondio, la rosa y el tomillo,
el humo sube, y dentro el rancho arde la leña.

La quena en las estepas soñó... los rondadores
en quichua sollozaron, como aves montañeces;
y hablaron a la sombra del capuli, de amores,
él y ella que salieron en busca de torcaces.

Ois?... Es el pasillo que bulle en la floresta,
sus notas son volubles, como es el cielo aquí;
sus notas son alegres como una indiana fiesta,
tienen el ágil vuelo del loco colibri.

Las quejas de la novia —romántica campera—
que va a las romerías, al rezo y al jolgorio.
La floración de abril que trae primavera,
los plañideros ayes de un tétrico velorio.

Así brota el pasillo, dejando en los salones
perfumes de la pampa, del huerto y del alcor,
y a su compás criollo se aman los corazones,
porque es compás voluble, porque es ritmo de amor.

RISA DE ESTRELLAS

Del muerto sol, plañidera, el crepúsculo que pasa,
árboles que oran enhiestos; tallos que el cáliz ocultan
bajo el manto de las hojas; como las aves sus picos,
bajo las alas cansadas, para dormir. Una y otra
vienen, vienen dos estrellas tras los flecos de las brumas,
y un pajarillo que salta como espía asechador,
que va, que vuelve, vigila y que inquieto todo juzga...

Tomo, al fin, su fina mano... al punto esas dos estrellas
tiemblan, llaman a que acudan todas ellas, todas ellas,
y el pájaro va cantando con tristeza, con langor...
¡Crepúsculo blanco y tibio; tarde azul de nuevo amor!

ya su lacayo, el tedio— con la parda
vestidura de invierno le hace guarda,

y cuida su hermosura, cual doncellas,
prendiéndole añoranzas las estrellas.

Ya nacen nuevas yedras en las ruinas
de las cruces de huesas campesinas.

El Amor es la yedra y con los leños
que al corazón arrancan los ensueños,

el tiempo hace la cruz entre sus piedras:
¡y abrázanse las cruces y las hiedras!

El corazón no muere; si está triste
es porque sin dormir el pobre existe;

si ama el aletear de la espesura,
al río que acuitándose murmura,

y escucha que en las nieblas del olvido
el Pasado rebelde da un rugido,

cual fiera entre la noche del desierto:
es porque aún el corazón no ha muerto.

Cristo es más bello cuando más apura
el rebosante cáliz de amargura;

que con centellas muertas riega de astros
el azul entre copos de alabastros.

Celos me dá la bruna lejanía,
hermana gris de tu melancolía,

donde al Enigma va a buscar tus magias.
Tristeza, tú contagias

al sol, al campo, al huerto . . . y al espacio
de éter y zafiro en su palacio;

tu mirada con el iris aprisiona
y te da por corona

reflejos del más tímido planeta
y una lumbre de ocaso, que secreta

viene con sus cendales a envolverte;
rivales míos: ellos y la Muerte.

Yo libraré tu espíritu del tedio,
poniendo lira y corazón en medio;

entre el ideal celeste de la Altura
que roba de tus ojos la ternura,

y entre tus labios de sonrisas vagas
con que al poeta soñador halagas.

Tu amor huracán se oculta,
como ave rara que adora
del risco la entraña inculta.
¡Porque tu entraña atesora
amor, que a todo se oculta!

Hijas de mis serranías
ellas te dan su misterio;
y aves y santamarias
salúdante en su salterio:
¡Reina de mis serranías!

Por las niñas rubias, blancas o morenas,
que un día de novias mirarse soñaron,
y escribieron cartas contando sus penas,
y sólo de novias eternas quedaron.

CORTE DE AMOR

Tú, rubia señora de mirada triste,
de labios que exhalan ya muertas promesas,
acaso a un bardo, temprana quisiste,
acaso tú fuiste
con tus labios, causa de muchas tristezas.

Intenta un poeta venir a tus puertas:
su góndola riza la glauca laguna...
El poeta cree que ya están abiertas,
señora, tus puertas:
es hora de umbria y es noche de luna.

Al verte tan tierna, y así pensativa,
todos han soñado con una princesa
que tuvo su trono, y que ahora cautiva
ve desde la ojiva
su castillo en ruinas que el oleaje besa...

Amas resignada la paz del santuario
amas melancólica la tenue eutrapelia
del hogar; y llevas el negro rosario
y el devocionario
en tus manos liricas de doliente Ofelia.

Tu voz es la gama de la filomela,
¿qué noche aprendiste
la muda romanza de su rondinela?
Cuántos sufrirían dudas de novela
cuando tú los viste,
pasando a la escuela:
¡cuántos quedarían con el alma triste!

Del jarrón de la azotea,
emerge el verde retoño,
y el barandal se espeja
en el estanque de Otoño.

A la luz perla, azulina,
que en arañas reverbera,
y tras la blanca cortina,
está un corazón que espera.

Esa es mi ficción, y el modo
cómo sueño en el piano:
cuando sobre él está el codo
y mis sienes en la mano.

AUSENTE DE TI

Cuando estoy, en silencio añorando,
siento alzarse del fondo del pecho—
como estrella pendiente de sombras,
al claror vespéral de los cielos—
tu adorada, tu angélica imagen
con su luz estelar de recuerdo.

Enrojece mis ojos el llanto,
en tu inmenso cariño si sueño:
por doquiera te miro, cual náufrago
que avizora la nave a lo lejos.
De mi suerte en las olas polares
me encrudece el bramar de los hielos,
y su informe caricia, entre nieblas
toda el alma, loh amor, desfallezco!

Como el ave que herida en sus alas,
va sin rumbo, yo voy, dulce dueño,
separado de Tí, que has herido,
¡inocente!, ignorando que muero.

EL MONASTERIO INTERIOR

En el profundo espacio, la luna alba y redonda
resalta; y sobre el páramo desmaya su fulgor . . .
En la ciudad preparan los mozos una ronda . . .
y del balcón se cae una olvidada flor.

Los coloniales muros del negro monasterio
embeben sus perfiles en esa blanca luz;
adentro se difunden las notas del Salterio,
y en la muralla alumbra algún farol; la Cruz.

Cuán altos los tapias!, su pátina de siglos
esconde de la luna, la acicalada faz;
y muestran en su sombra manadas de vestiglos . . .
que celan nadie turbe la aprisionada paz.

Pregúntome ¿qué manos las fueron erigiendo,
qué monjas escondieron su penitencia allí?
Y mientras va la luna sus tintas diluyendo
el misterioso anhelo se siente de morir.

Y tienen de romántico, sublime y embrujado
las tapias que se alargan a la hora vespéral! . . .
Mas, veo que en el alma llevamos, levantado,
un claustro más antiguo que el muro monacal.

Se van con más brio las aguas más claras
por los retocados lienzos —las campiñas,
parecen las flores femeniles caras,
salidas del baño —con placer de niñas—

Las nieves perfilan triangulares bloques;
su caudal derrocha de espumas el río,
y desde el cortijo dan eco los toques
del clarín del bravo rey del labrantío.

Oh mañana limpia! me rejuveneces.
El agua bendita del cielo ha quitado
el mal de nostalgia que te aqueja, a veces,
y quedas lavada de todo pecado.

Sol, aguas, riachuelos, piar en la torre,
Laudate! . . . Camino por donde las cabras
y los potros siguen, y un hilillo corre . . .
LAÚDATE!, cantemos con santas palabras

Se van con más brio las aguas más claras
por los retocados lienzos —las campiñas,
parecen las flores femeniles caras,
salidas del baño —con placer de niñas—

Las nieves perfilan triangulares bloques;
su caudal derrocha de espumas el río,
y desde el cortijo dan eco los toques
del clarín del bravo rey del labrantío.

Oh mañana limpia! me rejuveneces.
El agua bendita del cielo ha quitado
el mal de nostalgia que te aqueja, a veces,
y quedas lavada de todo pecado.

Sol, aguas, riachuelos, piar en la torre,
Laudate! . . . Camino por donde las cabras
y los potros siguen, y un hilillo corre . . .
LAÚDATE!, cantemos con santas palabras